

Simone de Beauvoir sobre la situación de la mujer en la cultura griega.

En la Antigua Grecia se extendió la costumbre de reconocer una única esposa: en realidad, el ciudadano griego seguía siendo polígamo, ya que podía encontrar entre las prostitutas de la ciudad y las sirvientas del gineceo la forma de saciar sus deseos. “Tenemos hetairas para el placer del espíritu –dice Demóstenes-, *pallakis* para el placer de los sentidos y esposas para que nos den hijos”. La *pallakis* sustituía a la mujer en el lecho del amo en caso de que esta última estuviera enferma, indispuesta, embarazada o recuperándose del parto; de modo que del gineceo al harén, la diferencia no es tanta. En Atenas, la mujer vive encerrada en sus aposentos, severamente limitada por las leyes y vigilada por magistrados especiales. Durante toda su existencia vive en perpetua minoría; está bajo el mandato de su tutor: el padre, el marido, el heredero del marido o, en su defecto, el Estado, representado por funcionarios públicos; ellos son los amos y disponen de ella como de una mercancía, pues el poder del tutor se extiende a la persona y a sus bienes; el tutor puede transmitir sus derechos como desee: el padre entrega a su hija en adopción o en matrimonio; el marido puede repudiar a su esposa y entregársela a un nuevo marido. [...]

Dado que la opresión de la mujer tiene su causa en la voluntad de perpetuar la familia y de mantener intacto el patrimonio, en la medida en que se escapa de la familia también se escapa de esta dependencia absoluta. [...]

En Grecia, sobre todo a la orilla del mar, en las islas y en las ciudades que visitaban muchos extranjeros, había templos en los que se encontraban las “muchachas hospitalarias con los extranjeros”, como las llama Píndaro: el dinero que recibían estaba destinado al culto, es decir, a los sacerdotes e indirectamente a su manutención. [...] Solón la convirtió en una institución. Compró esclavas asiáticas y las encerró en los “dicteriones” situados en Atenas cerca del templo de Venus, no lejos del puerto, [...]; cada mujer cobraba un salario y el conjunto de los beneficios iba a parar al Estado. [...] Además de las mujeres encerradas en los dicteriones también había cortesanas libres que podemos clasificar en tres categorías: las dicteriadas, prostitutas censadas; las aulétridas, que eran bailarinas y flautistas; las hetairas, cortesanas que venían en general de Corinto, que tenían relaciones oficiales con los hombres más notables de Grecia y que desempeñaban el papel social de “mujeres galantes” modernas. Las primeras eran libertas o muchachas griegas de clase baja; explotadas por proxenetas, llevaban una existencia miserable. Las segundas conseguían en general enriquecerse gracias a sus talentos musicales: la más famosa fue Lamia, amante de Ptolomeo de Egipto, y después de su vencedor, el rey de Macedonia Demetrio Poliorceto. En cuanto a las últimas, es sabido que estuvieron asociadas en muchos casos a la gloria de sus amantes. Libres de disponer de sí mismas y de sus fortunas, inteligentes, cultivadas, artistas, son tratadas como personas por los hombres que disfrutaban de su trato. Al escapar a la familia, al situarse al margen de la sociedad, escapan también del hombre: pueden aparecer así como semejantes y casi iguales. En Aspasia, En Friné, en Lais, se afirma la superioridad de la mujer liberada sobre la honrada madre de familia.

Aparte de estas brillantes excepciones, la mujer griega está reducida a una semiesclavitud; ni siquiera tiene libertad para indignarse...

Simone de Beauvoir. *El segundo sexo*. “Historia” III. pp. 143-146.